

corriente de los negocios, le enseñó á dirigirlos, colocó á sulado á Eliphas como guardián incorruptible y, seguro de que su obra no corría riesgos, una noche se extinguió sin sacudidas, sin sufrimiento, como una lámpara que se apaga al soplo de la tormenta. La señora Mossler quedó inconsolable, pues sentía por su marido una ternura mezclada de admiración, sentimientos dedicados respectivamente al hombre y al genial aventurero. Le lloró en silencio, cerró su casa, se retiró á su propiedad de la Chapelle-Sauvigny, y con centró todo el interés de su vida en el hijo de aquel á quien había amado, acaso, en sus ensueños.

## II

El muchacho tenía quince años y estaba estudiando en el liceo de Luis el Grande por decisión de Gedeón Mossler, el cual, no habiendo recibido sino una educación muy sumaria, consideraba la instrucción como el primero de los bienes. La señora Mossler sacaba al joven del colegio todos los domingos é iba á visitarle con regularidad todos los jueves. No le mimaba y le dirigía siempre graves discursos que parecían aburrir soberanamente á Valentín. Era difícil encontrar un muchacho más bello que el hijo del conde Chef de Coutras. Alto, delgado, rubio como su padre, con ojos acariciadores y boca sensual adornada de blancos dientes, prometía ser, como fué, uno de los hombres más seductores de París. Su carácter, aun no bien formado, se anunciaba resuelto. Un día el rechoncho Simeón Golschmidt, de la casa Golschmidt y

Bauer, un externo que iba á clase en coche de dos caballos y con un lacayo para llevarle los libros, quiso hacer el gracioso y al salir del liceo, donde el profesor acababa de comentar el reinado de Enrique IV, preguntó :

— Entonces, ¿ fué uno de tus antepasados quien ganó la batalla de Coutras, cuyo nombre llevas ?

— No ; fué el rey, contestó tranquilamente Valentín ; pero como mi abuelo había tomado la ciudad, el Bearnés le dijo : « Tienes la ciudad ; guárdala. Te la doy ». De esto viene mi nombre.

— Está bien en cuanto á Coutras ; ese apellido le explica la batalla. Pero « Chef » parece más bien cosa de cocina...

Los muchachos habían hecho corro en torno de los dos colegiales y una carcajada ruidosa acogió el chiste del rico é importante externo. Valentín miró á su interlocutor que con la boca hendida hasta las orejas y la nariz de promontorio, se balanceaba, encantado con aquel éxito popular. El joven conde se puso pálido y sin decir palabra, pegando antes de amenazar, que es como se hacen esas cosas, aplicó en la cara de Simeón una flor de cinco hojas, tan magnífica, que nunca debió producirla semejante la tierra de Canaam. El heredero de los Golschmidt y Bauer recogió sus libros esparcidos por el polvo, se levantó y sin más réplicas, desapareció ligero como un ciervo.

Pero la casa Golschmidt tenía influencia y no podía tolerar que se la abofetease en la persona de su descendiente. Valentín fué llamado ante el provisor y sufrió una reprimenda mayúscula, después de la cual quedó arrestado por el resto de la semana. En tal situación le encontró la señora Mossler cuando, según costumbre, fué á verle el jueves. Encerrado en una celda de dos metros cuadrados, con ventanillo en la puerta, como las de las prisiones, el joven conde había aceptado filosóficamente su suerte, y copiaba en papel rayado, cien líneas por hora bajo la inspección de un antiguo gendarme llamado Seguín. Aquella tarea le aburría desesperadamente, pero la cumplía sin murmurar, contento en su interior por haber obrado como le parecía que debió hacerlo. El gendarme convertido en carcelero asomaba de vez en cuando por el ventanillo la cabeza canosa y rapada y decía, mirando á todas partes con ojos terribles :

— ¡ Coutras, usted no trabaja ! ¡ Coutras, está usted estropeando la mesá con el cortaplumas !

Y Valentín, inclinado melancólicamente sobre el papel, respondía :

— Ilustre Seguín, déjeme usted en paz. Estoy en el encierro, debajo del tejado. No me pueden enviar más alto de lo que estoy, como no me pongan en un globo. Arregle usted sus papeles y no me enseñe su cara de polizonte.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30649

— ¡ Coutras, usted no respeta á un veterano; usted acabará de mala manera!

— ¡ Según, usted no tiene miramientos con un prisionero; usted acabará siendo gendarme, como empezó.

En medio de estos coloquios agridulces, la señora Mossler se presentó en el local penitenciario de techo aguardillado, desde el cual se extendía la vista, de un lado por el Panteón y la biblioteca de Santa Genoveva y del otro por el *boulevard Saint-Michel*. Las golondrinas que habían anidado en las altas chimeneas surcaban piando la ligera atmósfera. Aquel observatorio hubiera sido encantador, para gozarle en libertad y no á través de ventanas tan rudamente enrejadas. Al ver entrar aquella mujer pequeña y delgada y tan sencillamente vestida, Según la tomó por un ama de gobierno y en tono menos que amable preguntó:

— ¿ Qué desea usted?

— Ver á Valentín Coutras...

— ¿ Viene usted de parte de su familia? Bonito muchacho tienen ustedes...

La reina del oro miró friamente al antiguo gendarme, le entregó el permiso firmado por el provisor y dijo en tono que no admitía réplica:

— Despáchese usted; no tengo tiempo que perder.

La puerta se abrió instantáneamente y Valentín, prorrumpiendo en un grito de alegría, se arrojó en los brazos de su madre adoptiva.

— Vamos á ver, hijo mío, ¿ qué has hecho para que te castiguen tan gravemente?

— Nada. He cascado las liendres á un compañero por burlarse del nombre de mi padre.

— ¿ Y por eso estás aquí? El provisor me ha dicho que estabas en rebelión perpetua contra los profesores...

— Es ese mamarracho de Golschmidt que ha ido á quejarse á su padre... Y como hay un montón de personas de esa familia en el gobierno, el provisor está boca abajo...

La señora Mossler habló de otra cosa, pero su fisonomía cambió y sus palabras se hicieron escasas. Habitualmente le irritaba la injusticia, pero entonces sentía un agudo tormento viendo á Valentín castigado casi ignominiosamente por un acto que ella juzgaba legítimo. Al cabo de un rato se levantó y sin informar al joven de lo que proyectaba, le dejó y volvió al gabinete del provisor, el cual vió reaparecer con muy mal gesto á la señora Mossler, de la que creía haberse ya librado. Deseando acabar en dos palabras, se apoyó en la chimenea.

— ¿ Cómo es, señor, preguntó la madre adoptiva de Valentín, que me ha dado usted unas razones

tan erróneas sobre el castigo en que ha incurrido mi pupilo? Ahora sé á qué atenerme... Ese muchacho tenía razón.

El provisor, muy sofocado, replicó con énfasis :

— Entre las imparciales afirmaciones del maestro y los relatos interesados del alumno, ¿ podrá usted, señora, dudar un solo instante ?

La señora Mossler no respondió. Miró con aire de disgusto á todos lados y dijo :

— Ese sexto piso en que le han encerrado ustedes es muy cálido... como que está debajo del tejado. El sitio es sucio y nauseabundo... Supongo que pensará usted hacerle bajar...

— Pero, señora, un castigo merecido debe cumplirse...

La señora Mossler no pareció haber oído. Examinó por la ventana del patio las construcciones viejas y carcomidas del antiguo liceo y dijo con flema :

— Este colegio es horrible y debe ser malsano... En tiempo de epidemia morirán aquí los muchachos como moscas... Me dan ganas de comprarle para hacerle demoler y edificar uno nuevo...

Al oír aquel propósito fenomenal el provisor se quedó aturdido y balbuceó :

— Pero, señora, un edificio del Estado... La nación no vende jamás... No se compran las propiedades del gobierno...

La dama respondió con placidez :

— Si quisiera ofrecer solamente dos millones al Estado por echar abajo este nido de ratas y reedificarlo decentemente, el asunto no dormiría... Valentín de Chef de Coutras no puede permanecer aquí ni una hora más... Ruego á usted que envíe á buscarle ; le espero en mi coche.

Dirigió al provisor un signo imperioso y sin mirar siquiera si la seguía, salió del despacho dejando á aquel administrador petrificado.

Al día siguiente Valentín se instaló en la avenida de los Campos Elíseos y fué enviado como externo al liceo Condorcet. Desde ese día no abandonó ya á la señora Mossler y la influencia que adquirió sobre ella fué inmensa. El muchacho era encantador y había en él un cierto deje de inconstancia que tenía á su bienhechora en perpetua alarma. La buena señora experimentaba la sensación de que nunca era completamente suyo y de que siempre faltaba algo que hacer para estrechar los lazos que le unían con ella. Era como una bella mariposa que se teme ver volar, que enseña sus alas brillantes, pérfidamente deseosa de hacerse apreciar más y más y que á cada momento se levanta, revolotea, toma una dirección como si fuese á alejarse para siempre y acaba al fin por quedarse, porque el jardín es rico en suaves y deliciosas flores.

La dama hizo por él todo género de sacrificios, le colmó de favores y se adhirió á él tanto más cuanto más frívolo y casi indiferente le veía. Jamás se preguntó si no siendo el más agradecido y el más tierno de los hombres podría no tener corazón. Le veía elegante, espiritual, seductor y, sobre todo, á través de su triunfante persona, veía á su padre, al encantador Jacobo, en el cual no había dejado de pensar desde lo más profundo de su ser. Valentín probó, por lo demás, desde su más tierna edad, una instintiva malicia. Si hubiera pedido dinero á la señora Mossler la hubiera, acaso, hecho entrar en desconfianza. Los ricos son escamones; creen siempre que se quiere abusar de ellos y están en guardia. Gracias á esta vigilancia de sus intereses, los millonarios consiguen pagar las cosas menos caras que los miserables y son mucho menos engañados que engañadores.

Valentín mostró una indiferencia por el dinero que encantó á la señora Mossler. Aquella mujer, que había pasado su vida en medio de los rudos buscadores de oro, admiró á un niño que parecía no tener necesidades, gozaba del lujo sin parecer apreciarle y se mostraba tan sencillo como el más pobre de sus camaradas. Vió en ese desdén una prueba de nobleza y amó á Valentín por su desprecio hacia lo que había sido el único fin de los esfuerzos de todos los que ella había conocido. Le creyó

un muchacho superior y le agradeció la dicha que de ese modo le proporcionaba.

Cuando Valentín fué mayor, le hizo llamar una mañana al saloncillo del que surgían las liberalidades distribuidas por el señor Eliphaz, y le dijo, después de hacerle sentar á su lado :

— Mi querido hijo, has llegado á ser un hombre y creo necesarias algunas explicaciones entre nosotros para precisar nuestra situación. Hasta aquí, has vivido á mi lado como si fueses mi hijo y, sin embargo, ningún lazo nos une, como no sea nuestra voluntad. Tú podrías dejarme mañana mismo y yo podría separarme de ti. Ni tú por el daño material que esto te haría ni yo por el pesar que me produciría tu partida, podríamos reclamarnos mutuamente nada. No ignoras que tu padre me recomendó que velase por ti y bien has visto que he cumplido su encargo lo mejor que he podido.

Valentín cogió la mano de su bienhechora, y sin decir una palabra, la besó con tierno reconocimiento. La señora Mossler continuó con voz un poco temblona :

— Hoy, que vas á entrar en la vida y á ser responsable de tus actos y dueño de conducirte como más te plazca, tengo que hacerte una proposición.

— Te escucho, mamá querida, respondió el joven con voz dulce y simpática; pero ¿por qué ese

preámbulo tan grave? ¿Tienes un deseo y dudas que me preste á él?

— ¿Y si se tratara de dejar tu nombre para tomar el mío?

La cara de Valentín se puso sombría y no pudo reprimir un gesto de dolorosa sorpresa.

— Sí, prosiguió la señora Mossler; mi deseo sería adoptarte por hijo. Lo serías entonces, pero te llamarías Mossler... Serías, por ese hecho, sumamente rico, porque te convertirías en mi legítimo heredero y aun en el caso de que me enfadase contigo, no podría privarte más que de la mitad de mi herencia...

— Pero ¿de qué me hablas? dijo el conde de Coutras; ¿son esas las razones que crees mejores para decidirme? ¿Tan mal me conoces? Comprendo y aprecio en lo que valen los cariñosos motivos que te guían, pero ¿no encuentras que darme á escoger entre mi adhesión al nombre de mi padre y el cuidado material de mi porvenir, es un poco duro, un poco seco? No estaba preparado para tal cosa y realmente me encuentro turbado. Hay, sin embargo, en las nieblas de mi espíritu una necesidad que se define desde luego; la de continuar llevando el nombre que he recibido al nacer.

La señora Mossler enrojeció y sus ojos brillaron. Con lentitud y como queriendo hacerse comprender bien, dijo:

— Entonces, nada de adopción... Nada de herencia asegurada... Una situación indecisa y precaria. ¿Esto es lo que tú quieres?

— No creo que hayas pensado aconsejarme otra resolución, dijo el joven sin llamarla madre esta vez, como tenía por costumbre. Bien sabes hasta qué punto encuentro honroso y dignamente llevado tu nombre, pero si yo abandonase el mío en este momento, me parecería que renegaba de él por dinero, y esto me repugna.

Pareció que la prueba á que sometía al joven agradaba á la señora Mossler, porque la prolongó algo más de lo que convenía.

— Sabes que no tienes nada. Tu padre murió teniendo deudas.

— Sé también que el señor Mossler las pagó y no lo olvidaré en mi vida.

— Es decir que prefieres llamarte el conde Chef de Coutras y ser pobre á llamarte Mossler y ser el hijo de familia más rico de París...

Valentín sonrió y dijo con dulzura :

— Sí, madre mía, si esto no te ofende.

La reina del oro se puso aún más grave y dijo :

— No me ofendes, antes me complace tu resolución, porque prueba que mereces el cariño que te he dedicado y que eres un buen muchacho. No se podría haber propuesto lo que tú acabas de rehusar tan caballerescamente á muchos descendientes de

familias ducales; hubiera sido difícil escoger entre tantos herederos. Tu conducta no es, pues, la de un espíritu vulgar y no has de sufrir por ella daño alguno. Lo que no me dejas hacer por medio de una adopción, se conseguirá por medio de un testamento. No llevarás mi nombre, pero me heredarás de todos modos.

Valentín no se defendió tontamente y dijo con simpática alegría:

— No puedo impedirte que me colmes de bondades. De tal modo has tomado esa costumbre desde que estoy á tu lado, que eso sería un cambio demasiado brusco. En cuanto á mí, nunca te podré querer más de lo que te quiero, sin que en ello tenga parte alguna tu riqueza.

Esta conversación ejerció una influencia decisiva en el porvenir del conde Chef de Coutras y, andando el tiempo, en los malos días, el recuerdo de su caballeresco desinterés sirvió para compensar en el espíritu de la señora Mossler el efecto de las más desastrosas locuras de Valentín.

Nada hubo, por otra parte, de artificioso en la resolución del joven conde. Su negativa se fundó en motivos de orgullo que le hacían tener por inadmisibile llevar el nombre de un aventurero, por rico que éste fuera. Sin despreciar á la señora Mossler, hubiera encontrado muy desagradable ser su hijo. Aceptaba sus liberalidades como una

especie de impuesto establecido sobre su ternura, pero de esto á llamarse Valentín Mossler, había una inmensa distancia. Sin sospechar hasta qué punto era hábil conduciéndose con aquel altanero desprecio, obró impulsado al mismo tiempo por su instinto y por sus preocupaciones.

Si hubiera seguido al lado de la señora Mossler hubiera acaso vivido razonablemente como hasta entonces, pues hasta que fué mayor de edad no cometió ninguna extravagancia; pero llegó el momento de hacer el servicio militar y, entregado á sí mismo en aquel nuevo medio, cedió á los malos consejos del fastidio y del ocio. Además tuvo á su disposición demasiado dinero, con el cual corrompió todo el regimiento y revolvió toda la guarnición. Cuando Valentín tuvo que ir á incorporarse al 30º de cazadores, en Mantes, el señor Eliphas dió algunos prudentes consejos á la señora Mossler:

— No dé usted al conde de Coutras más dinero que el que es conveniente tener en la condición en que va á encontrarse. No pierda usted de vista que va á ser simple soldado en un regimiento cuyos oficiales no deben ser, no son seguramente, muy ricos. Si gasta demasiado incomodará á sus jefes; los castigos lloverán sobre él; no le verá usted nunca y será un objeto de explotación para los sargentos, que se convertirán en servidores suyos.

Si viviéramos bajo el antiguo régimen, compraría usted el mando de un regimiento á ese bravo mozo y todo iría á pedir de boca. Él se divertiría en la corte mientras su teniente coronel mandaba las maniobras y el poder del dinero se manifestaría en todo su esplendor. Pero ya no suceden así las cosas. Disfrutamos unas leyes democráticas que obligan á todos los franceses á coger el chopo durante tres años, ya sean millonarios ó hijos de príncipes, ó proletarios sin un céntimo. Es el absurdo más grande que jamás ha consagrado una constitución, pero la ley es así y nada podemos hacer para cambiarla. Trate usted, pues, de que el joven Valentín sufra tranquila y sencillamente esta prueba. Cuando vuelva á la vida civil, le mirará usted cuanto quiera.

La señora Mossler convino en todo esto, pero hizo después lo que le pareció bien y el joven conde fué el soldado más rico de su reemplazo. Contra todas las previsiones pesimistas de Eliphaz, este exceso de dinero no produjo al principio funestos resultados para Valentín, que tuvo el tacto de no herir las susceptibilidades de sus jefes. Alquiló una buena habitación en la ciudad y tuvo en ella criados, caballos y hasta, con mucha frecuencia, una linda actriz de los Bufos, Laurencia Berthier; pero se condujo con bastante discreción para que fuese posible cerrar los ojos ante aquellas irregu-

laridades. Obtuvo permisos siempre que los quiso, gracias al coronel, que había sido amigo de su padre, y se excusó de hacer ciertos servicios, gracias á los cabos y sargentos á quienes encantó con sus obsequios. Pero se fastidiaba soberanamente y, para distraerse, jugó. Se organizaron peligrosas partidas entre soldados pertenecientes á familias ricas, y todos los momentos del día y de la noche libres de servicio los pasaban en casa de Valentín gozando de su lujo refinado. Se perdieron sumas importantes, y para evitar recriminaciones de los padres y graves apuros económicos, el conde de Coutras prestó dinero á los maltratados por la suerte é hizo así más fácil la disipación á sus compañeros. Para él no parecía que las pérdidas ni las ganancias tuviesen importancia alguna. Estaba siempre sonriente, alegre, animado, y era querido por todos como lo son infaliblemente todos los seres dichosos que aceptan la vida sin cuidados y afrontan todas las dificultades en la seguridad de que han de resolverse por sí mismas. Se le juzgaba bueno y, sin embargo, en cierta ocasión dió pruebas de una insensibilidad que impresionó penosamente á todos los que le rodeaban,

Un cabo de su compañía, llamado Blanpain, estaba en vísperas de dejar el regimiento y proyectaba volver á su pueblo para casarse con una muchacha á quien amaba. Contaba neciamente sus



proyectos y Valentín se reía de la sencillez de ambiciones de aquel buen muchacho. Algunas veces se complacía en hacerle preguntas y en turbarle con sus reflexiones.

— Blanpain, cuando vuelva usted á su pueblo, ¿qué va usted á hacer?

— Sustituiré á mi padre, que es carpintero.

— ¿Y se casará usted?

— ¡Oh! sí; no pienso más que en eso... Hace seis años que lucho para conseguirlo... He cobrado mi premio de reenganche y este dinero, que es sagrado, me servirá para poner casa.

Una idea feroz germinó en el cerebro del conde de Coutras; la de ganar á aquel pobre diablo su pequeño peculio, tan trabajosamente adquirido y tan cuidadosamente conservado. El mismo día se llevó á su casa á Blanpain y después de haberle hecho beber, le acercó á la mesa de *baccara*, en la que sus compañeros jugaban ya con ardor, y le dijo:

— Amigo, aquí tiene usted estos señores; hay entre ellos algunos que han venido con mil francos y se irán sin un céntimo. Con un poco de fortuna, todo lo que tienen pasará en un instante de sus bolsillos á los de uno más dichoso. He aquí una bonita ocasión para decuplicar el premio de enganche... Si llegase usted á su país con una fuerte suma, las cosas irían mejor que si vuelve

para ser carpintero. Sería usted un hombre independiente y su futura estaría en sus glorias.

— Sí, usted acaba de decirlo; muchos se irán con la bolsa vacía... No quisiera yo ser uno de ellos. Tengo muy poco dinero, pero me basta y no quiero arriesgarle... Por otra parte, no he jugado nunca...

— Es verdad, Blanpain; usted es un muchacho arreglado... ¡Es lástima! Los que nunca han tocado una carta ganan siempre la primera vez...

Los pérfidos consejos de Valentín, en complicidad con el orgullo que turba siempre el fondo de todo corazón humano, hicieron que al cabo de una hora el muchacho, aclimatado en aquel medio y excitado por el vino de Oporto, se dejase arrastrar y arriesgase diez francos que tenía consigo. Por su desdicha, ganó. Envalentonado, jugó la ganancia y al cabo de cinco horas de febriles emociones, tenía delante de él diez y siete mil francos ganados á todos los abonados del *baccara*. Valentín reía como un loco y preguntaba á Blanpain qué iba á hacer con aquel dineral. Éste, muy grave después de un acceso de extraordinaria exaltación, no respondió y se propuso volver al cuartel.

Á consecuencia de esta aventura, Blanpain, cuyo carácter era ordinariamente dulce y tranquilo, se mostró inquieto y violento, como si aquel dinero mal ganado le hubiese hecho cambiar bruscamente.